

TRIBUNA ABIERTA



JOSÉ GIMÉNEZ CORBATÓN

Tres mujeres

La princesa Vanina Vanini, las hermanas Bunner, Madame de. En principio, nada relaciona a estos personajes femeninos de la literatura moderna, de la narrativa sobre mujeres.

Nada une tampoco a sus creadores, Stendhal, Edith Wharton, Louise de Vilmorin. Tres momentos bien diferenciados en el marco de la mejor literatura de los dos últimos siglos: *Vanina Vanini* vio la luz por vez primera en la *Revue de Paris* en 1829 (más tarde, el autor de *Rojo y negro* y de *La Cartuja de Parma* incluyó esta novela breve en sus *Crónicas italianas*). La autora de *La edad de la inocencia* escribió *Las hermanas Bunner* en 1892, aunque el texto no apareció editado hasta 1916, en dos publicaciones diferentes, un volumen recopilatorio (*Xingu and other stories*) y, repartido en dos entregas, en *Scribner's Magazine*. En cuanto a *Madame de*, Louise de Vilmorin la escribe en 1951 (y Max Ophüls rueda la película homónima dos años más tarde). La primera razón que las une a mis ojos es la reciente traducción de las tres por parte de editoriales españolas emergentes, cada vez más merecedoras de un devoto seguimiento, como son, respectivamente, la cacerfea Periférica, la zaragozana Contraseña, y la barcelonesa Nortésur.

Las tres novelas breves tienen en común narrar los avatares existenciales y amorosos de tres mujeres. La princesa Vanina se caracteriza por la implacabilidad tenaz de sus decisiones. Por la descripción del camino que enlaza artificialmente sus orígenes nobles con la pasión suscitada por un fervoroso revolucionario carbonario. Pasión que la conduce, mediante el itinerario de la traición, hasta una forzada renuncia. Su amante, el joven Missirilli, preferirá la entrega a una causa en la que anida un fervor político de contornos cegadores, a la comprensión que exigiría la devoción por una mujer dispuesta a sacrificar sus propias raíces sociales y culturales. Ann Eliza Bunner, por su parte, es una heroína que personifica el sacrificio hasta límites que el lector no dudará en calificar de inhumanos. La novela de Edith Wharton, además, recrea el ambiente de un barrio de Nueva York a finales del siglo XIX con una precisión de entomólogo, un conocimiento tanto más indagador cuanto que parte de un voluntario desclasamiento personal por parte de la autora. En cuanto a *Madame de*, la aventura en-

traña un juego de mentiras, de secretos y de silencios (adopto los términos que encabezan el excelente postfacio de Laura Freixas que acompaña la edición de Nortésur), apuestas que la abocarán a un desenlace fatal.

Son varios los puntos en común que enlazan estos tres libros ya clásicos sobre mujeres. En primer lugar, sus heroínas se muestran, actúan, dirigen sus acciones en un mundo de hombres que las aniquilan bajo el disfraz de la seducción. Las tres se mueven en mundos dispares —la Italia que lucha por su constitución como Estado; una Nueva York poblada de emigrantes, vampirizada por el puritanismo y los prejuicios; una sociedad europea donde determinada elite se empeña en mantener formas periclitadas—, universos concretos, delimitados, que disimulan a duras penas, mediante toda clase de subterfugios admitidos

cumbrirá ante la recua de hipocresía, de habitualidad, de vulgaridad exquisita en la que se ve inmersa y de la que es cómplice al aceptar, por ingenua conveniencia, una integración en la que imagina llegar a ser protagonista, artífice privilegiada.

Pero si algo une y entrelaza relatos tan dispares en apariencia es la calidad sobria de la escritura. Stendhal, Edith Wharton y Louise de Vilmorin trazan las palabras justas, los diálogos precisos y una descripción de ambientes moderada. Los tres depuran la prosa, la despojan de cualquier aditamento innecesario y superfluo, son expresionistas en el sentido más hondo del término: el trazo seguro, firme, colorista, que ilumina el concepto que se aspira a expresar; la elección estricta de los elementos que son necesarios para analizar el trance existencial de sus personajes; y, sobre todo, las elipsis, todo lo que queda por decir y que transmite, más que cualquier explicación, la complejidad de los conflictos vividos. En palabras de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, que recoge Manuel Arranz en el prólogo citado, “el carácter de la gente lo comprendemos, en la mayor parte de los casos, a través de sus actos, de sus miradas, de sus balbuceos, del nerviosismo de sus dedos, de sus silencios y de su espontánea locuacidad, del color de sus mejillas, del ritmo de su paso: casi nunca a través de sus alocuciones, que son siempre púdicas y descaradas máscaras de su interioridad”.

En el caso de *Las hermanas Bunner* y de *Madame de*, además, cabe destacar el uso de un objeto (un reloj de níquel en la primera, y unos pendientes de diamante en la segunda) como leitmotiv de la narración. El reloj señala de forma evidente “los temblores de un sinfín de comienzos” a los que se va abocada Ann Eliza. Los ricos pendientes, símbolos del poder económico y social, encarnan un amor que no puede sobrepasar el juego superficial de las convenciones elegantes.

Así, el alma de Vanina Vanini, de Ann Eliza Bunner y de Madame de nos es desvelada mediante silencios y escuetas exposiciones, pinceladas que sugieren, y a menudo ocultan luminosamente, lo más recóndito de sus corazones. Gracias a una sabia dosificación de recursos narrativos que otros escritores sublimes como Chejov o Maupassant elevaron hasta cotas casi inabordables.



por el correspondiente *statu quo*, el poder masculino. Se trata de entornos que ejercen su dominio sobre la condición femenina cuando ésta lucha, de un modo solo relativamente consciente, por encontrar su lugar, entregándose a los mecanismos que la manejan, la ciernen y, a la postre, acaban por destruirla o reducirla a los designios más convencionales, dictados siempre por la norma.

Dejó dicho Stendhal, como recuerda el traductor y prologuista Manuel Arranz en la edición de Periférica: “Escribir otra cosa que no sea el análisis del corazón humano me aburre”. Este aserto es aplicable con precisión a los tres retratos. La devoción de Ann Eliza Bunner por su hermana Evelina, su capacidad de renuncia frente a las posibilidades que cree entrever para el futuro de su hermana, rozan el martirio. Madame de su-

CARTAS AL DIRECTOR

Ahorrar en tiempos de crisis

Creo que en nuestro ordenamiento jurídico se recoge algo así como: “a los que administran bienes públicos se les debe exigir la diligencia y efectividad de un buen padre de familia”.

Pues bien, un buen padre de familia, cuando la situación económica no es precisamente boyante, e incluso tiene que vivir subsidiado, se plantea ahorrar y así recorta en calefacción, y pone la vivienda a 18° en lugar de a 21°, procura no encender luces que no utiliza, no usa el coche si no es totalmente imprescindible, y así un largo etcétera de medidas tendentes a disminuir unos gastos que le resulta difícil soportar. Lo que no se le ocurre, en ese

momento de apuro económico, es cambiar las instalaciones de casa, calefacción, iluminación, vehículo, etc., por otras más modernas que tengan un mejor rendimiento y en consecuencia un menor gasto, y no se le ocurre porque resulta un gasto inasumible. Sí que es cierto que deberá tomar buena nota para hacerlo en un futuro, cuando su situación económica mejore y pueda permitírselo. Pues bien, ese es el tipo de medidas que yo considero racional adoptar por parte de nuestros políticos. Ahorrar racionalizando y reduciendo el gasto en todo lo posible, sin embarcarse en inversiones descomunales, en momentos en los que la economía de nuestras instituciones no lo aconseja.

De esta forma, aunque no me guste, puedo comprender la aplicación de medidas como vigilar el gasto de electricidad en todas las carreteras e instalaciones públicas, o las reducciones de la velocidad máxima en nuestras carreteras, si bien personalmente considero más procedente por representar un mayor ahorro y una mayor seguridad, a la par que unos efectos menos desagradables para los usuarios, el reducir de 100 Km/h a 90Km/h la velocidad de las carreteras ordinarias, y limitar a 110 Km/h solamente los tramos de autopistas de circunvalación de las grandes ciudades, donde el tráfico es muy denso y los recorridos de la mayoría de los usuarios relativamente cortos, manteniendo la velo-

cidad de 120 Km/h para las autopistas y autopistas interurbanas, donde las distancias normalmente recorridas son más largas y las velocidades de cruce suponen un menor gasto. Por el contrario, por mucho que resulte innegable el que la sustitución de lámparas antiguas por nuevas puedan suponer un ahorro en el consumo energético, no podemos olvidar que esto conlleva también la sustitución de las farolas y luminarias, y en consecuencia una inversión que no resulta aconsejable en este momento dada la situación de nuestras arcas, y resulta muy paradójico que a los Ayuntamientos y Comunidades Autónomas, a los que no se les permite endeudarse más y que a duras pe-

nas logran cubrir sus gastos ordinarios, se les trate de imponer en este momento una obligación económica adicional de la envergadura que supone la sustitución de todo el alumbrado público.

José Antonio Virto
Teruel

DIARIO DE TERUEL no se hace responsable ni necesariamente comparte las opiniones vertidas por articulistas y lectores. El periódico se reserva el derecho a extractar y/o resumir los textos remitidos a esta sección.